

## **PENSAR DESDE LA HISTORIA, HISTORIAS DESDE EL PENSAMIENTO\***

Pedro L. San Miguel  
Departamento de Historia  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

“Mostrar las cosas tal como sucedieron”: así definió Leopoldo von Ranke (1795-1886) –uno de los fundadores de la historiografía moderna– su propósito al estudiar el pasado.<sup>1</sup> Esta poco afortunada frase, como creo que la catalogó el historiador inglés Edward H. Carr,<sup>2</sup> tuvo mucho éxito en el siglo XIX, pasando a fundamentar todo un programa en torno a la “operación historiográfica”, es decir, a la investigación y la escritura acerca del pasado.

Mas, ¿qué fue lo que en efecto hicieron los historiadores que intentaron atenerse a la máxima de Ranke, que hasta muy entrado el siglo XX fueron de hecho la mayoría? En primer lugar, centraron su quehacer en trazar los avatares de esa nueva deidad que era el Estado nacional, convertido en eje central de la labor de quienes escribían sobre el pasado. Ya desde el Renacimiento, la “razón de Estado” había pasado a regular los comportamientos de los súbditos, que tuvieron que someterse al Monarca, quien sustituyó a Dios como sujeto del devenir, como actor y ejecutor principal de los acontecimientos históricos. Fue esta nueva situación la que hizo posible *El Príncipe* de Maquiavelo, obra en la que se evidencia tanto una nueva concepción acerca del poder y de la política como de la historia; en esa obra se manifiesta una visión totalmente secular de las acciones de los individuos, en especial de las gestas de los hombres de Estado, con-

---

\*Este escrito se presentó durante el VI Encuentro Internacional y I Nacional de Educación y Pensamiento efectuado en la Universidad de Guadalajara, en Guadalajara, México, del 28 de febrero al 4 de marzo de 2005. Está basado en una serie de trabajos y reflexiones que he publicado anteriormente en torno al conocimiento histórico y a la historiografía. Por tal razón, sigue de cerca o contiene secciones o párrafos provenientes de esas obras anteriores.

<sup>1</sup> Sobre Ranke, ver: Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Crítica, 1982), 127-131; Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna* (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1974), 272-278; Hayden White, *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 161-186; Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia: Siglos XIX y XX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), 117-145; y Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia: Una aproximación teórica e historiográfica* (México: El Colegio de México, 2003), 77-110.

<sup>2</sup> E.H. Carr, *¿Qué es la historia?*, 5ª ed. (Barcelona: Seix Barral, 1973).

cebidos desde entonces como los “grandes hombres” por antonomasia.<sup>3</sup> En la modernidad, el hombre de poder desplazó al santo como varón ejemplar, como aquella figura arquetípica cuyas ejecutorias y actos debían ser venerados e imitados.

Esta secularización de los comportamientos, de la ética y de los saberes culminó en la época de la Ilustración, generando un nuevo paradigma sobre el conocimiento, derivado del creciente prestigio de aquellas disciplinas que con el correr del tiempo vinieron a llamarse Ciencias Naturales.<sup>4</sup> De acuerdo con tal paradigma, mediante la aplicación de un riguroso “método” era factible llegar a “conocer el mundo tal como es”, de comprender la Naturaleza en su forma más prístina, auténtica y verdadera.<sup>5</sup> Gracias al “método científico”, el concepto de verdad que prevaleció en las ciencias enfatizaba los hechos medibles, cuantificables, verificables. De tal modo, los misterios que encerraba la Naturaleza serían revelados no por los textos sagrados ni por ángeles, arcángeles o profetas, como se pensaba en la Época Medieval, sino por aquellos hechos que eran cribados por el “método”.

El éxito de las ciencias –patente en un sinnúmero de descubrimientos, hallazgos, innovaciones, creaciones e invenciones– favoreció que, durante el siglo XIX, sus preceptos y normas incidieran sobre otras áreas del saber, incluso sobre ese conjunto de disciplinas que hoy conocemos como Ciencias Sociales. Cada una de éstas intentó a su manera cumplir el precepto trazado por Ranke para la Historia. Por tal razón, el denominado “método histórico” fue moldeado siguiendo el ejemplo del “método científico”, y se orientó a lograr un conocimiento verídico y objetivo de los “hechos”, concebidos como base fundamental del conocimiento. Así la nueva disciplina de la Historia lograría lo que se había convertido en el principio rector de las Ciencias Naturales: “mostrar las cosas tal como sucedieron”. Sobre este fundamento epistemológico se erigió el flamante e imponente edificio de la Ciencia moderna.

---

<sup>3</sup> Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada (Madrid: Alianza, 1999).

<sup>4</sup> Sobre la impronta de las ciencias en el surgimiento de la historiografía moderna, ver: Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History* (New York: W.W. Norton, 1994), 15-90. La relación entre la evolución de las Ciencias Naturales y las Ciencias Humanas, incluyendo la Historia y la Pedagogía, es una de las vertientes principales de la obra de Michel Foucault, como se desprende de *The Order of Things* (New York: Vintage, 1994).

<sup>5</sup> Ver: Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2ª ed. (Chicago: University of Chicago Press, 1970); y Paul Feyerabend, *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge* (London y New York: Verso, 1987).

Convertido en un soberbio templo del saber, de él fueron expulsados aquellos conocimientos, nociones, ideas, saberes, representaciones, imaginarios, símbolos, tradiciones y prácticas culturales –eruditas o populares– que parecían abjurar o renegar del nuevo dogma científico. Por esta razón, del Templo de la Ciencia fueron defenestradas por igual las narraciones orales populares y la filosofía de la historia. De las primeras se destacó su inconsistencia; ante el documento escrito, fuente primordial de la verdad objetiva, la oralidad se presentaba como un cúmulo de tradiciones, fábulas, mitos e historias sin fundamento. El designio de producir una historia científica conllevó la disciplinarización de aquellos saberes que no concordaban con el prejuicio moderno contra la oralidad, por lo que se privilegió el documento escrito, concebido como receptáculo de la verdad. Ésta fue una de las maneras adicionales en que la modernidad impuso esa “tecnologización del mundo” que la caracteriza.<sup>6</sup>

Paradójicamente, la nueva cruzada en pro de la historia científica también se expresó en contra de ciertas formas de conocimiento erudito, como las filosofías especulativas de la historia. No en balde se ha planteado que el proyecto de Ranke de crear una historia científica fue, entre otras cosas, una reacción a la filosofía de la historia de Hegel. Frente a ésta, la propuesta rankeana privilegiaba lo real, lo fáctico, lo concreto, lo positivo –en su sentido de auténtico, verdadero y objetivo–. Uno de los resultados de esta cruzada en contra en la especulación fue el distanciamiento de la disciplina de la Historia de todo pensamiento considerado como especulativo y abstracto. De hecho, a la especulación y a la abstracción, propias del pensamiento filosófico, se les consideró como tareas totalmente ajenas a la labor del historiador y a la historiografía. Éstas eran faenas totalmente innecesarias para cumplir la meta de producir una historia científica. La “verdad”, según esta concepción, se producía gracias a la consulta apropiada de las fuentes documentales depositadas en los archivos, convertidos, por ende, en tabernáculos de la “verdad verdadera”, de la única y posible verdad, de la verdad objetiva, comprobable e irrefutable, avalada por decenas, centenares o hasta millares de documentos. La Verdad –con letra mayúscula– no se encontraba más allá de esas fuentes: estaba en ellas contenida.

Esta concepción produjo una separación cada vez más tajante entre el quehacer historiográfico y el pensamiento abstracto, teórico y epistemológico. Mal reputado entre los historiadores, que irrespectivamente de sus posiciones políticas e ideológicas terminaron en su mayoría

---

<sup>6</sup> Lo anterior se basa en buena medida en: Walter J. Ong, *Orality and Literacy: The Technologizing of the World* (London y New York: Routledge, 1990).

suscribiendo el canon de la Historia Científica, el pensamiento abstracto –y, a veces, hasta el pensamiento sin más– fue equiparado con lo falso, lo ilusorio, lo fantástico, lo imaginario, lo ideal, lo indemostrable o hasta lo utópico.

Las implicaciones de todo esto no son difíciles de comprender. Para empezar, desde la perspectiva de los procedimientos efectuados por los historiadores, prevaleció una práctica eminentemente empirista, basada en un documentalismo sustentado en un “realismo ingenuo”. Según esta concepción, más allá de corroborar la originalidad de los documentos compulsados y de confirmar la veracidad de los datos en ellos contenidos, los historiadores daban por sentado la transparencia de sus fuentes, asumiendo que ellas eran capaces de reflejar fielmente “lo real” y, por ende, que eran fieles espejos del pasado; o mejor aún: que ellas contenían el pasado, que éste estaba “ahí”. En segundo lugar, implicó una aceptación acrítica –y con frecuencia hasta ahistórica– de ciertas categorías que pasaron a codificar las grandes interpretaciones históricas. Ideas como la nación, la patria, la clase social, la identidad, el pueblo, el conflicto, la solidaridad, la revolución, el género, el poder, la resistencia, la conciencia, la cultura o la ideología se emplearon asumiendo que eran verdades axiomáticas, evidentes en sí mismas, que existían “allí”, en algún lugar del pasado, y que meramente bastaba con rastrear su existencia en las fuentes para que, como un espíritu o fantasma invocado por un vidente, hicieran manifiesta su presencia.

Esta propensión tuvo expresiones muy concretas, sobre todo en aquellas historias que partían de una óptica nacionalista –que fueron de hecho la inmensa mayoría en los siglos XIX y XX–. En tales historias, lo que en efecto es una forma político-cultural contingente –la nación–, usualmente fue concebida y estudiada como si se tratara de una entidad intemporal cuyos orígenes se perdían en el tiempo y cuyo futuro resultaba igualmente imperecedero. Lo que era efecto de una determinada metanarrativa, de un gran relato fundacional en torno a esa realidad moderna que es la nación, terminó convirtiéndose, en virtud de la ausencia de un pensamiento histórico que asumiera la contingencia de dicha entidad política, en una Verdad –también con mayúscula–. Pese a sus orígenes profanos, la Nación se trocó en una nueva deidad, en un absoluto que no admitía cuestionamientos y que era avalada por las decenas de investigaciones y estudios históricos que “demostraban” empíricamente, gracias a las fuentes y los archivos, su verdad. Siguiendo procedimientos similares fueron demostradas otras “realidades” históricas, como la clase social o el pueblo.

Otra omisión provocada por la separación de la Historia y el pensamiento fue la ausencia de reflexiones, entre los practicantes de la disciplina, en torno a eso que Michel de Certeau ha llamado la “operación historiográfica”.<sup>7</sup> Encerrados en los archivos, con muy honrosas excepciones –entre quienes se encuentra el mexicano Edmundo O’Gorman<sup>8</sup>–, los historiadores se dedicaron a compulsar de forma reverencial a los documentos, donde supuestamente habrían de encontrar la “verdad” sobre el pasado. Siguiendo los preceptos del “método histórico”, este acto se realizaba con una solemnidad casi religiosa y con una total asepsia. Así se pretendía que el mundo –o sea: la vida– no incidiese sobre la labor heurística. Afincados en tales principios metodológicos, los historiadores “siguieron en su mayor parte alegremente dedicados a comprobar nuevos hechos”, convirtiéndose los más reputados en “maestros del detalle”.<sup>9</sup> Desempolvando papeles viejos, construían sus aburridas narraciones sobre batallas e intrigas palaciegas, y acerca de reyes vivos o justamente decapitados. Como los historiadores de «La lotería en Babilonia», un cuento de Borges, vivían ensoberbecidos con su “método”, que parecía “corregir el azar”, y producían hechos aparentemente fidedignos, “aunque, naturalmente no se divulga[ban] sin alguna dosis de engaño”.<sup>10</sup> Así creían, tanto los historiadores de la fantástica Babilonia de Borges como los demás, desenterrar la “verdad” sobre el pasado.

De esa manera también refrendaban un poder/saber que repetía incesantemente sus fundamentos y que tenía como basamento una “operación historiográfica” que no era cuestionada porque se tomaba como algo dado. Las críticas y las reflexiones que surgían en torno al método histórico y al conocimiento que él generaba usualmente eran realizadas por filósofos o epistemólogos, no por historiadores, razón por la cual eran despachadas por la supuesta falta de experiencia de éstos en lo que se suponía que era la praxis auténtica del historiador: la investigación de archivo y la escritura de monografías históricas. Entre los historiadores dedicados a la “historia

---

<sup>7</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 3ª ed., trad. de Jorge López Moctezuma (México: Universidad Iberoamericana, 1993), 67 y ss.

<sup>8</sup> Ver: Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (México: Imprenta Universitaria, 1947); e *Historiología: Teoría y práctica*, Estudio introductorio y selección de Álvaro Matute (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999).

<sup>9</sup> R.G. Collingwood, *Idea de la historia*, 10ª reimp. (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), 130.

<sup>10</sup> Jorge Luis Borges, *Ficciones*, 25ª imp. (Buenos Aires: Emecé, 1976), 64.

propriadamente dicha” (lo que Hayden White ha llamado *proper history*),<sup>11</sup> las discusiones heurísticas y epistemológicas se circunscribían por lo general a debatir en torno a: la más apropiada o correcta interpretación de los documentos; acerca de qué datos, testimonios o hechos eran precisos o verídicos; o, al popularizarse la historia económica y demográfica, sobre qué técnicas resultaban más útiles y eficaces para cuantificar, medir, aquilatar, computar o calcular determinados acontecimientos históricos.

En el caso, por ejemplo, de las numerosas y meticulosas investigaciones sobre la historia económica de América Latina se prestó —y se sigue prestando todavía— una gran atención a las herramientas estadísticas y a las fórmulas económicas empleadas en el análisis de lo que se conceptúa como el “atraso” o el “subdesarrollo” de la región. Mas poco se ha hecho por interrogar esas mismas categorías, que actúan como palabras clave de ciertos metarrelatos que asumen que la evolución histórica de las llamadas sociedades desarrolladas (que son concebidas como tales por contar con un determinado tipo de economía) constituye la norma o la pauta que debe seguir el resto de las sociedades del Planeta.<sup>12</sup>

El manejo por los historiadores y por otros científicos sociales de conceptos como “subdesarrollo” y “desarrollo” evidencia cómo la modernidad ha intentado establecer límites imperativos al pensamiento, linderos que la mayoría de los practicantes de estas disciplinas hemos sido incapaces de transgredir.<sup>13</sup> Algo similar se puede decir sobre las prácticas y las concepciones que han lastrado a las ciencias humanas en general —y a la Historia en particular—, impidiéndoles pensarse a sí mismas más allá de los límites canónicos que han prevalecido en estas áreas del saber. El resultado ha sido una incapacidad para pensar el conocimiento —en este caso, el conocimiento histórico— en su historicidad; es decir, como saber contingente y azaroso, que posee límites finitos, y que carece de esa condición de lo absoluto, lo que constituye uno de los rasgos del pensamiento sagrado, no del pensamiento profano, que es a lo que ha aspirado el pensamiento científico desde los inicios de la modernidad.

---

<sup>11</sup> White, *Metahistoria*.

<sup>12</sup> Sobre estas concepciones, ver: Pedro L. San Miguel, “La representación del atraso: México en la historiografía estadounidense”, *Historia Mexicana*, LIII, 3 (2004): 745-796.

<sup>13</sup> Lo siguiente se basa en buena medida en: Fernando Mires, *El discurso de la miseria, o la crisis de la sociología en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad, 1993); y *Crítica de la razón científica* (Caracas: Nueva Sociedad, 2002).

Por lo tanto, reclamar que la disciplina de la Historia se piense a sí misma en su historicidad conlleva, en primer lugar, exigir que las categorías y los conceptos que maneja sean constante y sistemáticamente sometidos a escrutinio; y, en segundo lugar, que su(s) método(s) y su(s) teoría(s) sean igualmente cuestionados, interrogados y disputados.<sup>14</sup> Realizar con rigor estas tareas implica, por supuesto, abandonar las posturas cómodas de lo ya sabido, de ese pensar placentero y remolón sobre el cual hemos erigido nuestra autoridad académica e intelectual. Cumplir esa ingente faena posiblemente también implique efectuar una especie de “cambio de piel”, de mudanza de ideas, conceptos, formas de pensamiento, y de prácticas académicas, pedagógicas y comunicativas. Implica, sobre todo, salirse del ámbito delimitado de lo cierto, lo sólido y lo estable para entrar al espacio de lo incierto, lo frágil y lo inestable. Significa, quizás, abandonar el lenguaje y las formas convencionales de deliberar sobre la ciencia, el saber, el conocimiento y el pensamiento. Conlleva pensar, no como certeza, sino como riesgo y aventura. Entraña, también, pensar desde la historia, como contingencia del devenir, y no desde el Absoluto, que es un pensar que se ubica fuera de la historia, que es otra forma de decir que se sitúa fuera de lo humano. Supone, sobre todo, historiar desde el pensamiento, que no es sino razonar, discurrir, reflexionar, analizar y especular con sospecha, incertidumbre y perplejidad acerca de lo que se piensa.

---

<sup>14</sup> Como ejemplos de algunos de los cuestionamientos e interrogantes efectuados a la historiografía durante los últimos tiempos, ver: Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia*; Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies* (New York: Oxford University Press, 1988); y Carlos Pabón (ed.), *El pasado ya no es lo que era: La historia en tiempos de incertidumbre* (San Juan: Ediciones Vértigo, 2005).